

SEGUNDA ÉPOCA.

DESDE CONSTANTINO HASTA LA EDAD MEDIA.

LIBRO IV.

Oriente.—Los Iconoclastas.

SOBRE las riberas encantadas del Bósforo de Tracia, á vista de las montañas lejanas del Asia Menor, cuyas elevadas crestas se tiñen cada día de un color de oro y de carmin, la costa de Europa se arquea en una larga bahía de una belleza incomparable, y bajo la sabana azul de sus brillantes aguas, que parecen rodar cual ondas de zafiros, se levanta una gran ciudad enteramente blanca y enteramente cristiana (1); es Constantinopla, á quien el hijo de Helena y de Constancio-Chloro acababa de dedicar solemnemente á María; porque el amo del mundo, que aun es tratado como un *dios* en Roma, idólatra todavía, está ya con Jesucristo; y la cruz por la cual

él ha vencido, brilla sobre las monedas y corona las suntuosas basílicas que acaba de colocar bajo la invocación de santa Sofía, de la Virgen y de los doce apóstoles.

La idolatría aun no ha desaparecido para siempre; pero es una palmera desecada cuyas mas altas ramas están ya muertas. Ya no se vé sino altares desamparados, bajo el zócalo de los cuales se arrastran reptiles inmundos; los buhos comienzan á anidar en los pórticos de los templos desiertos, donde la araña hila tranquilamente sus telas. La vírgen cepa ostenta las hojas verdes sobre sus murallas de mármol pulido, y el caminante corta irreverentemente su bastón de viage de esta manera consagrada, á la que nadie en otro tiempo podia arrancar una sola rama bajo pena de la vida: las ceremonias del culto pagano han cesado en Grecia; los ídolos mas venerados no sirven sino de ornamento en las plazas públicas de Constantinopla; pero á ninguno se le fuerza para que entre en las iglesias, porque aunque el politeísmo sea un culto malo é insensato en el fondo, el César respeta la libertad de conciencia, que los paganos comprendieron tan mal cuando abusaron del terrible derecho del mas fuerte; y Lactancio, una de las mas vivas lumbreras de la Iglesia, sienta como principio, en una célebre obra contemporánea, que *nihil est tam voluntarium quam religio* (2). Esta es la moderación con que debe triunfar una causa santa.

Constantino no se limita á manifestar su respeto por María dedicándole la nueva Roma; á su ruego la emperatriz Helena, convertida por él, pónese en camino para la Palestina, y la cubre de monumentos sagrados, en los que la Virgen tuvo una buena parte. La gruta de la Natividad, tapizada de mármol, alumbrada con lámparas de oro, fué cercada de una soberbia iglesia que lleva el nombre de Santa María de Bethlem. Santa María de Nazareth, levantada en el lugar de la humilde casa que habia habitado la santa familia, pasó largo tiempo por una de las mas bellas iglesias del Asia. La gruta sepulcral del valle de Josaphat fué considerablemente ensanchada, y adornada de una soberbia escalera de mármol: lámparas de plata fueron suspendidas al rededor de la tumba de la Virgen. En fin, dos iglesias suntuosas conmemoraron la visitación de

María, y su desmayo cerca de la roca de donde los nazarenos quisieron precipitar á Jesus. —

Los sucesores del primer César de Bizancio, se mostraron en general muy devotos de la santísima Virgen. Teodosio el jóven, habiendo sabido que una grande afluencia de peregrinos de Europa y Asia iban á la tumba de la Virgen, hizo levantar una suntuosa basílica bizantina, que los árabes llamaron la *Giassariah* (la iglesia del cuerpo). Kosrou—Paniz (Cosro II), la destruyó, á instigación de los judíos, en su invasión á Siria y Palestina; pero arrepintiéndose mas tarde de este acto de violencia, que Lira, su esposa cristiana, le reprocha llorando, el sectario de Zoroastro fabrica él mismo una iglesia á la Virgen, en su ciudad de Micaferokin (3). La emperatriz Pulcherica, hija de Theodosio y esposa del emperador Marcio, hizo construir ella sola tres iglesias bajo la invocación de la *Panagia*, dentro del recinto mismo de Constantinopla. No habiendo podido enriquecerlas con reliquias de la Madre de Dios, pues que el cuerpo de María estaba en el cielo, procuró sin embargo suplir esta falta con algunos de sus vestidos que le enviaron los fieles de Jerusalem. La bella iglesia de Blaquernes tuvo sus vestidos; la de Chalcooprata tuvo su cinto; pero la de los Guidos fué la que obtuvo la mejor parte. Allí se colocó, sobre un altar resplandeciente de oro y embellecido con columnas de jaspe, un retrato de la Virgen enviado de Antiochia, que se creyó pintado en vida de María por san Lúcas, y al cual la Madre del Salvador habia concedido gracias (4). Este retrato fué considerado como el palladium del imperio; se le llamó causa de victorias; y los emperadores, entre otros Juan Zimiceo y los Comenos, la llevaban al ejército, de donde se la volvia sobre un carro triunfal tirado por magníficos caballos blancos. En las grandes solemnidades, sacábase esta imágen milagrosa de la iglesia de los Guidos, donde era guardada con un cuidado celoso y precauciones infinitas. El pueblo saludaba siempre su presencia con gritos de gozo y cánticos de alegría. El fin de esta imágen célebre ha quedado dudoso. Algunos sostienen que fué la que el duque Henrique Dandolo hizo transportar á Venecia, despues de la toma de Constantinopla por los latinos, en 1024; otros quieren que sea

aquella que los turcos encontraron en el saqueo de la ciudad de Constantino, y que hollaron indignamente bajo sus piés, despues de haberle arrancado el oro y los diamantes que formaban su valioso marco.

Leon I hizo fabricar, en 460, una suntuosa basílica que dedicó á Nuestra Señora de la Fuente, en reconocimiento de que la Virgen santísima se le habia aparecido á orillas de un manantial solitario, y le habia prometido el imperio, mientras que él no era sino un jóven soldado de Tracia que conducia por la mano un pobre, anciano y ciego. No bien la diadema de los Césares habia ceñido su frente, cuando se ocupó en perpetuar por este monumento, el recuerdo de la proteccion de María (5).

El emperador Cenon, yerno de Leon I, no fué menos devoto á la Virgen que su suegro. Hizole fabricar una iglesia sobre el monte Gamzin, la montaña sagrada de los samaritanos; y como este pueblo inquieto, que estaba entonces en plena revuelta, habia maltratado algunas imágenes de María, oinó la montaña de una muralla que hizo guarnecer de soldados, para prevenir la renovacion de estos sacrilegios.

El emperador Justino hizo reedificar magnificamente, en Constantinopla, Nuestra Señora de Chalcopatra, destruida por un terremoto. Dos iglesias fabricadas en honor de la santísima Virgen, en Jerusalem, Santa María la nueva, y otra sobre la montaña de los Olivos; un monasterio levantado sobre una de las mesetas del Monte Sinai; y en Africa una soberbia basílica del nombre de Nuestra Señora de Cartago, testifican la piedad del emperador Justiniano hécia la Madre de Nuestro Señor. No contentos con fabricarle templos, los Césares de Constantinopla veneraron piadosamente á María en sus oratorios particulares; ofrecíanle espléndidas coronas de oro (6), y llevaban con ellos su estátua de oro macizo (7). Transportábase, en los últimos dias de cuaresma, del monasterio de Odegium al palacio imperial de Constantinopla, la célebre imagen de la Virgen *Hodegetrie* (conductor), y allí permanecia hasta la segunda feria de Pascuas. A esta Virgen fué á la que Miguel Paleólogo, despues de haber lanzado de Constantinopla la raza toda de los señores de Courtenay, honró por el triunfante suceso de sus negocios.

El pueblo griego seguia con gozo el ejemplo de sus emperadores; la *Panagia* reemplazó muy luego, casi en todas partes, á los dioses lares y á las divinidades del Olimpo. Veíasele á la sombra de los bosques, sobre el altar purificado de las Driadas y las Napeas, al borde de las aguas donde la Náyade pensativa zambullia su cántaro, y sobre las cimas de los promontorios donde se sacrificaba en otro tiempo á las ninfas del Océano. Los altares de Baco, con sus verdes guirnaldas de yedra, habian sido destruidos, y Nuestra Señora de las Uvas recibia, en medio de los viñedos, los homenajes de los vendimiadores. Céres misma comenzaba á ser olvidada entre las ruinas de su misterioso santuario de Eleusis, destruido por los godos en el siglo IV, junto con los templos de Delphos, de Corinto y de Epheso: en fin, el monte Athos, la montaña de Júpiter, habia venido á ser, en la época de Constantino, una pequeña colonia de ermitas y de solitarios, por quienes María habia sido proclamada la reina. Los hechos evangélicos de su vida eran reproducidos en frescos, sobre fondo de oro, en las paredes de un número infinito de capillas fabricadas en su honor en medio de las viñas y olivares que revestian los flancos de esta alta montaña, cuya sombra se estiende sobre el mar hasta la isla lejana de Lémos.

¿Quién lo creería? entre estos griegos tan devotos de la Virgen, fué donde se lanzaron las ideas mas contrarias á su dignidad personal y á la perpetuidad de su culto! Constantinopla vió nacer dentro sus murallas la heregía de Nestorio, que disputaba á María su título de Madre de Dios, y la de los Iconoclastos, que arrastraban sus imágenes por el lodo, y las quemaban sobre las plazas públicas. Bajo Leon de Isaurica, que habia sacado, se dice, de entre los judíos un odio furioso contra la pintura y la estatuaría aplicadas á los objetos del culto, vióse á los católicos fieles á las tradiciones de la Iglesia, arrojados á montones en el Bósforo de Thracia, ó azotados con varas hasta matarlos, por haber encendido lámparas delante de una Madona, por haber rogado al pié de la cruz de Nuestro Señor, ó arrodillado al pasar cerca de un santo (8). Constantino Copronio, sucesor de este inicuo príncipe, le sobrepasó en crueldad; y Leon, su hijo, marchó por los mismos pasos del uno y del otro; pero Irene, sinceramente afecta al catolicismo, hizo convocar

el segundo concilio de Nicea, donde el culto de las imágenes fué solemnemente restablecido (9); y la emperatriz Teodora, ayudada del patriarca Metodo, consolidó la piadosa obra de Irene.

Si el insulto había sido grave, la reparación fué completa. Desde entonces procuraron honrar á María por cuantos medios pudieron imaginar; se la decretaron coronas de oro, en adelante no se la representó sino con vestiduras de púrpura, cintillos de perlas y diademas de emperatrices (10); grábase su efigie sobre las monedas; bátense medallas en su honor, y solo se combate bajo sus auspicios. “Romanos,—dice Narcés, en el momento de dar á los godos la batalla de Taginas,—Romanos, batíos valientemente, la Virgen está con nosotros; no dejéis de invocarla durante la pelea, porque ella mira nuestras falanges, y nos abandonará estos impíos que le rehusan el título de *Madre de Dios*.” Corre muy pronto el rumor entre las filas, que la *Panagia*, á la cual Narcés era muy devoto, le había prometido la victoria y señalado la hora de ataque. Persuadidos que el cielo favorecía su causa, desplegaron los griegos una energía á que no estaban acostumbrados. Totila fué despedazado, su ejército puesto en fuga dejando el campo cubierto de muertos, y la Italia, libertada á nombre de Nuestra Señora de la Victoria, bendijo altamente á la Virgen y á Narcés.

Nicetos nos ha conservado un hecho histórico que prueba hasta qué punto los emperadores del Bajo-Imperio honraban á María. “Juan Comeno despues del triunfo de una batalla,—dice este historiador,—quizó entrar triunfante en Constantinopla, como era su derecho: dispúose todo para la ceremonia del triunfo; las calles fueron entapizadas de seda y de brocado de oro; erigieronse gran cantidad de tablados en las plazas públicas para ver desfilar esta pompa, que había atraído una infinidad de espectadores de todas las provincias del imperio. Los trompetas, coronados de laureles, marchaban á la cabeza del cortejo; en seguida venían las representaciones de las ciudades conquistadas y de los enemigos vencidos, trabajadas en pintura ó escultura, en mármol ó en marfil, y todo de la manera mas delicada (11); seguían los despojos de los enemigos, armas, telas preciosas, vasos de oro enriquecidos de pedrería

que maravillaban á los espectadores; despues de lo cual aparecian los cautivos, que eran príncipes bárbaros de alta estatura, de semblante fiero y magestad terrible, que marchaban encadenados segun la costumbre, el semblante abatido, los ojos tristes, la cabeza ya baja de vergüenza, ya levantada por un movimiento de rabia y de desesperacion. Despues de ellos se adelantaba el carro triunfal tirado por cuatro caballos blancos; procurábase reconocer sobre este carro al *emperador*, revestido de un manto de púrpura ó de escarlata adornado con ricos bordados, y la corona de laurel en la cabeza; pero solo se descubria la imagen de la Virgen santísima, que, como la causa de la victoria, triunfaba en lugar del vencedor. El emperador, á caballo, seguido de su brillante corte, mas feliz de haber hecho triunfar á María, que de haber triunfado él mismo, cerraba esta marcha cristiana.”

Para saber hasta qué punto se reverenciaba á la Virgen en el Asia Menor, bastará contar sumariamente lo que pasaba en Epheso mientras duraba el concilio que excomulgó la heregia de Nestorio, en el año de 431.

El dia en que el concilio debía pronunciarse sobre la maternidad divina de María, el pueblo inquieto y agitado inundó las calles, y apretóse al redor del templo magnifico que la piedad de los habitantes del litoral del mar de Icaris había edificado bajo la invocacion de la Virgen. Era allí donde doscientos obispos examinaban las proposiciones de Nestorio, quien no osa venir á defenderlas: tan poco fiaba él en la justicia de su causa y la fuerza de sus argumentos. Las oleadas de pueblo que se mantenían en filas oprimidas en el átrio de la basílica y en las calles vecinas, guardaban un silencio profundo, y la inquietud se pintaba sobre el rostro móvil de esos griegos, cuyos rasgos bellos y expresivos pintan tan bien las impresiones diversas del alma. Un obispo aparece, en fin, y anuncia á la muchedumbre muda y embargada, que el concilio ha lanzado su excomunion contra el innovador, y que la santísima Virgen es gloriosamente mantenida en su augusta prerogativa. Entónces los transportes de gozo estallan por todas partes. Los de Epheso y los estrangeros que han corrido de todas las partes del Asia, rodean á los padres del concilio, besan sus manos, sus

vestidos, y queman en las calles que ellos debían atravesar pastillas odoríferas. La ciudad se encuentra espontáneamente iluminada, y jamás gozo ninguno fué mas universal. Créese que fué en este concilio de Epheso, donde san Cirilo, de concierto con la santa asamblea que presidia, compuso esta bella y tierna oracion á la Madre de Dios, que la Iglesia ha adoptado: *Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostræ. Amen.*

LIBRO V.

Oriente.—Las guerras santas.

LOS cristianos del Asia Mayor no ponian menos celo que los griegos de ultra-mar, en manifestar su devocion á Maria. Desde antes de Constantino, una iglesia con el nombre de la Virgen se elevaba cual un faro sobre las alturas del monte Carmelo, donde las olas que se precipitan á morder sus piés, dejan huecos á los que viene á anidarse la golondrina marina. Tiro, la reina destronada, pero poderosa aún en los mares del Levante, se distingue por su catedral de cedro y de mármol, que eclipsa las basílicas bizantinas de los Césares. Damasco, *la esmeralda del desierto*, gastó sin pesar doscientos mil dineros de oro en fabricar su espléndida iglesia de *Mont-Miriam* (Santa Maria), que los mahometanos quemaron en tiempo del califado de Moctaden, hácia el año 342 de la *hégira* (1). Antiochia tuvo tambien una soberbia basílica dedicada á Nuestra Señora, y en donde se suspendian lámparas de oro delante de su imagen, que fué necesario muy pronto ceder á la piadosa codicia de la emperatriz Pulcherica, que la sustituyó con una pequeña

estatua de cedro de la Madre de Dios, milagrosamente encontrada en el tronco carcomido por el tiempo de un enorme ciprés, que arrastraba sus ramas en el Oronte (2). El Líbano, esta bella montaña que bajo un cielo de fuego, dice Tácito (3), conserva sus nieves y sus sombras; el Líbano, *cuyos cedros había el Señor plantado por sus manos*, escondía en sus cavernas de roca una muchedumbre de solitarios que se habían consagrado á María. Sentados al borde del río, que toma por su vecindad el nombre de *Santo*, que lleva aún, deslizándose entre dos márgenes de musgo pintorescamente sombreadas, estos hombres del trabajo, de la meditacion y de la oracion, esculpian á la sombra magestuosa de los cedros, que á través de su rico ramaje dejaban escapar sobre sus aguas una luz parecida á aquella que descendiende en lluvia de púrpura, de zafiros y de oro desde lo alto de las ventanas góticas de nuestras catedrales, aquellas pequeñas efigies de la santísima Virgen, que los peregrinos de Occidente, al visitar la tierra santa en los primeros siglos del cristianismo, llevaban á Europa para depositarlas en las capillas señoriales, ó en las iglesias que ellos han hecho célebres por sus milagros.

María tuvo tambien santuarios en las soledades pedregosas del monte Sinaí. En el fondo de una quebrada tapizada de verdura, y tan profundamente encajada entre inmensos peñascos que la cima de las mas altas palmeras guardaba una inmovilidad eterna, sin que sus hojas fuesen jamas balanceadas por el mas ligero soplo de aire, se elevaba en medio de un pequeño bosque de olivos, de álamos y de palmeras, un convento colocado bajo la invocacion de la Virgen. Nada turbaba el melancólico silencio de este oasis, incrustado en las peñas; solo el ruido espantoso de las tempestades que revientan continuamente sobre estas regiones elevadas, era apenas el que se hacia oír. Esta tumba pacífica, destinada al uso de algunos vivientes, no se animaba sino cuando se elevaban cánticos de alabanza por *AQUEL que era mas grande que las montañas*, y por *AQUELLA por quien él habia obrado cosas tan portentosas*.

En Persia, donde aun se ven las ruinas de una porcion de iglesias y de monasterios del nombre de María, los cristianos pusieron tambien el mas grande celo en edificar estos lugares de oracion. Eliseo Vertabed, autor armenio muy estimado

que floreció en el siglo V, nos ha conservado en su historia religiosa de las guerras de Armenia, un discurso del rey de los reyes Jesgird, en Occidente Isdigherdo, que prueba lo que decimos. "Yo supe por mis padres,—decia este príncipe en un gran consejo compuesto de sátrapas y de magos, donde se agitaba la cuestion de una próxima persecucion contra los cristianos,—que desde el tiempo del rey Chabouh II (en 319), cuando la religion de Cristo comenzaba á esparcirse en Persia y mas allá de los países Orientales, nuestros principales *mobeds* (doctores) aconsejaron al rey abolir el cristianismo en sus estados. Procuroló él, pero en vano; porque cuantos mas esfuerzos se ponian para detener esta religion en su curso, tantos mas progresos hacia. Los cristianos de Persia eran tan atrevidos, que fabricaban en todas las ciudades iglesias que superaban en magnificencia á las mansiones de los reyes; levantaban oratorios sobre la tumba de sus mártires, y no habia lugar habitado ó desierto que no cubriesen con sus conventos." (4)

La estincion del cristianismo fué decidido en este consejo, donde los magos eran los mas influyentes; pero el rey resolvió emplear la corrupcion antes de llegar á la violencia; ensayó desde luego, para valernos de esta frase persa, *verter el veneno mortal en la copa de leche*. Llamando á su *puerta* los *nakarrars* ó grandes de Armenia, que gobernaban feudalmente pequeños principados, hereditarios en sus familias, bajo la autoridad de un *marzban* ó virey nombrado por la Persia, les prodiga las alabanzas y las palabras mas dulces, las promesas mas deslumbrantes, para obtener de ellos el sacrificio de su religion. Los que cedieron obtuvieron gobiernos, títulos honoríficos, bellas y fértiles haciendas, ó caballos árabes soberbiamente enjaezados. Jamás habian salido del tesoro real tantos brazaletes de esmeraldas, tantos cintos de oro batido á martillo ó incrustados de rubies y de perlas; tantas piezas de brocado de Roum, cuyo fondo de rojo y oro contrastaba con las flores de pedrerías. Para conseguir el fin, á nada se atendia; todo se daba sin cuenta y sin medida. En tanto que los desertores de la verdadera fé pasaban en tan pequeño número al campo de los magos, el rey de los reyes se apresuraba tanto por

acabar con el cristianismo, que arrojando violentamente la máscara de moderación con que se cubría, lanzó un edicto verdaderamente curioso, donde despues de haber elogiado, segun las antiguas fórmulas de la corte de Persia, al Dios Santo, *Señor de las estrellas y la luna*, al poder del cual nada se oculta, *desde el sol hasta la noche sombría, desde el simple arroyuelo hasta las azules ondas de la mar*; prosigue esponiendo los puntos fundamentales de su propia y falsa creencia, y denigrando á los cristianos, con el fin de inspirar así la mas alta reverencia por sus propias virtudes (5). Este edicto real fué seguido prontamente de otro, que ordenaba á los armenios abrazaran sin dilacion el culto del fuego, contrajeran alianzas con sus parientes mas cercanos, contrariando la ley de Jesucristo, que declara que tales matrimonios son criminales, y concluia por ordenarles sacrificasen al sol cabras y toros blancos.

El apóstol ha dicho: "someteos á las potestades de la tierra"; pero Dios ha mandado preferir la muerte á la idolatría. Tambien los armenios, en lugar de conformarse con el edicto impío de la corte de Persia, continuaron celebrando en sus campos de caballería el servicio divino, y escuchando, tambien, los sermones de los sacerdotes, que á imitacion de los antiguos levitas de Israel les acompañaban al ejército. En vano Isdiguerno, separándolos en pequeños cuerpos, los diseminó en los puntos mas lejanos y mas peligrosos de las fronteras; en vano les dió por cuarteles de invierno los desfiladeros mas horribles de las montañas, ó los países mas enfermizos; en vano ensayó el reducirlos por el hambre y la sed; mientras que, por otra parte, el pobre armenio, esprimido como la uva en el lagar, entregaba al fisco persa sus últimos granos de oro. El árbol de la fé, en medio de todas estas miserias, no quedaba por eso menos verde, *cual el bello ciprés cuya alta copa platean los rayos de la luna*. Los cristianos de Armenia lo habian sopor-tado todo; pero la paciencia les falta cuando el rey de los reyes emprende arrebataadamente el arruinar los monasterios colocados bajo la invocación de los santos, y convertir las iglesias en templos del fuego. Sublévanse de una estremidad á otra del reino, y el entusiasmo suple al número; todas las

fortalezas persas fueron tomadas, y todas las piras abandonadas á las llamas. Una gran batalla, en la cual los persas eran diez contra uno, dióse en las fronteras de la Georgia, á orilla de un riachuelo que lleva á Gour (Ciro), el pequeño tributo de sus aguas. El ejército persa presentaba el espectáculo mas espléndido y mas imponente. Sus elefantes de combate cargados de torres, de lo alto de las cuales los hábiles arqueros lanzaban sus flechas de álamo, se estendian por las alas, y en el centro estaba colocada la terrible *milicia de la izquierda*, la falange de los *inmortales*. Estos numerosos escuadrones, resplandecientes de oro, movianse al son de los clarines, de las trompetas, de los címbalos y de los campanillos del Indostan; las banderas rojas, amarillas y violetas flotaban cual tulipanes al estremo de las lanzas; los capitanes y los sátrapas arrancaron de sus vainas de oro sus espadas indianas, y lanzaron al galope sus rápidos caballos árabes, con frenos de oro y brillantes mantillas. Vestidos de color oscuro, llevando la cruz sobre sus estandartes oscuros tambien, los armenios, un puñado de bravos, despues de haber elevado hácia el cielo sus manos y sus corazones, marcharon á encontrar al enemigo, al son de un canto sacado de los Salmos. "Sed juez entre nosotros y nuestros adversarios, Señor,—cantaban los insurgentes cristianos,—tomad vuestro arco y vuestro escudo por nuestra causa, que es la vuestra; arrojad el espanto en los innumerables escuadrones de estos impíos; que se disipen y dispersen delante de la señal augusta y santa de la cruz. A nosotros nos es igual morir por vuestro amor, y si damos la muerte á estos infieles, seremos los mártires de la verdad." (6)

Escitados por esta oración, los armenios se lanzaron con furor sobre los persas, y del primer choque forzaron su ala derecha. La refriega fué terrible; el aire, erizado de flechas, asemejábase á *el ala de un buitre*, y las espadas azules centellaban cual la luz que hiende los cielos en un dia de tormenta. El entusiasmo, exaltado por la fé, triunfa; la derrota de los persas fué completa, y los cuerpos de nueve grandes sátrapas, *amigos del rey*, no tuvieron otra mortaja que las silvestres flores de la llanura, ni otra tumba que la boca de las bestias feroces. Las aguas del Lomeki cambiáronse en sangre, y

tan solo un caballero pudo escapar sobre un dromedario, para llevar á la corte de Persia la nueva de esta derrota.

Sin embargo, esta victoria tan grande y tan inesperada como fué, no podía ser decisiva; los cristianos de Armenia no tenían ni oro ni aliados. Marciano, el emperador griego, á quien ellos habían implorado con las manos juntas en nombre de Cristo y de su Madre, había enviado con la mayor bajeza y espresamente, un embajador á la corte de Persia, para probar al rey de los reyes que él no tenía parte ninguna en la revolución de la Armenia cristiana, ni que tampoco se mezclara en ella. Istiguerdo comprendió que el César tenía miedo, y fiándose en su cobardía, resolvió proseguir la esterminación del cristianismo en Armenia: con todo no lo consigue. Los cristianos, abrumados por el número, perdieron una gran batalla, en la cual fué muerto el héroe que los mandaba, Vartan el Mamigonien, un príncipe de origen chineesco, que sucumbió despues de prodigios de valor. La Armenia reducida al extremo, no se declara vencida; abandonáronse las ciudades por los bosques y los desfiladeros de las montañas; celebrose el oficio divino en el fondo de las cavernas. Los obispos armenios sufrieron el martirio con indomable constancia; los príncipes, acostumbrados al aire vivo y fresco de sus altas montañas, fueron transportados, cargados de hierros, al Korassan, bajo cuyo cielo de fuego reina el Simoun, cuyo soplo mata á la manera del rayo (7), y cuyo suelo es un mar de arena abrasada. Allí habrían ellos perecido de miseria, si dos confesores, mutilados por el sable de los persas, no hubiesen emprendido recoger limosna entre los cristianos vecinos, para remitirla á los grandes señores cautivos. Esto duró siete años. Uno de estos ángeles de caridad murió de cansancio en los ardientes desiertos de Kohistan, cuya calor ha comparado un viagero moderno á una plancha de hierro enrojado al fuego; el otro continuó solo la misma obra de misericordia. Istiguerdo, desarmado por tanta constancia, pone en fin un término á este duro cautiverio; pero esto no fué sino despues de cincuenta años de negociaciones, de treguas y combates, que Vahan el Mamigonien, sobrino del gran Vantan, el héroe de la Armenia, terminó esta guerra santa comenzada en 450 (8).

Si las iglesias cristianas de la Persia merecieron ser comparadas á los palacios de los reyes, de los que los poetas árabes nos han dejado descripciones tan fabulosas de magnificencia (9), las de los pueblos que habitaban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, eran bien pobres en comparacion. Estos fueron en un principio edificios de madera, donde se llamaba á los fieles los dias de fiesta, golpeando dos planchas una con otra, porque las campanas eran desconocidas entonees. La primera iglesia de piedra de los armenios, fabricada cerca del manantial del Tigris, fué colocada bajo la invocacion de María. Poseia, como muchos santuarios de la Siria y del Asia Menor, una imágen milagrosa de la Virgen, que se había confiado á la guarda de santas mugeres (10).

La catedral de Mtkhetha, antigua capital de Georgia, fué la primer iglesia cristiana de este pais. Los georgianos la dedicaron á la Virgen. Allí se guardaba en otro tiempo el famoso *Xilton*, uno de los vestidos desgarrados de Jesucristo. Continuamente destruida, pero siempre reedificada con elegancia en el mas alto estilo georgiano, vése aún brillar allí el mármol y el jaspe verde. Una inscripcion escrita con letras de oro sobre una de las columnas, dice que este templo divino y venerable de Maria, *Reina de los georgianos*, Madre de Dios y siempre Virgen, ha sido reedificado por la munificencia y los cuidados de una princesa de Georgia, del nombre de Pebanpato.

La catedral de Mingrelia estaba igualmente dedicada á la Virgen, y se veneraba allí uno de sus vestidos, que se guardaba en una caja de ébano, incrustada de flores de plata. Este vestido, hecho de una tela preciosa, con el fondo de nankin y flores brillantes bordadas á la aguja, fué enseñada á Chardino, cuando atravesaba la Mingrelia para volverse á Persia.

En las regiones del Cáucaso, que abunda en conventos dedicados á María, preferian siempre los puntos elevados y de difícil acceso para edificar los mas bellos monasterios; del mismo modo, estos estaban generalmente defendidos por fuertes castillos. El de Miriam-Nischin, en Georgia, estaba fabricado sobre una roca del Cáucaso, en medio de un bello lago de la montaña que le hacia inaccesible por tierra; una fortaleza

que pasaba por inespugnable lo protegía. El castillo y el monasterio fueron sitiados por Melik-Schah, bajo el reinado de Alp-Arslan, su padre, segundo sultán de la raza de los Seljucidas. En el momento en que el ejército del príncipe musulmán se disponía á entrar en las barcas para dar el asalto, y que la guarnición, diezmada por el hambre, veía venir este ataque con un desaliento mezclado de espanto, hizose sentir un horrible temblor de tierra, y el monasterio de Santa María cayó deshecho en el lago (11). Miróse como un milagro este desenlace extraño. "La Virgen,—dijeron los georgianos,—ha querido mejor ver su santuario abatido, que manchado."

Delante de la puerta principal de Djoulfa, ciudad armenia, antigua y comerciante, situada cerca de uno de los vados más cómodos del Araxes, se eleva un pico aislado sobre la estrecha meseta, en que se había construido, desde los primeros siglos del cristianismo, un monasterio en honor de la santísima Virgen. Las puntas de esta roca escarpada, donde florecen aún los lindos jacintos azules y las olorosas mazoreas de mejorana, están cubiertas de ricas tumbas y de antiguas piedras tumulares; pero los habitantes, dónde están?... Cierta día antojósele á un déspota del Asia (12) borrar á Djoulfa, una ciudad de cuarenta mil almas, del número de las otras ciudades que se hallan sobre el globo, y envió allí á Thamas-Kouli-Beg, con la órden de hacerla desocupar en tres días precisos. Fué obedecido. Los habitantes enterraron á toda prisa sus riquezas en lugares escondidos, esperando, ¡vana esperanza! que Schah-Abbas, cuando el huracán de su cólera hubiese pasado, les permitiría volver á poblar su ciudad. Al tercer día, cuando fué necesario partir y que el último minuto de espera había corrido, cada uno tomando las llaves de su casa, siguió á los sacerdotes, que llevaban las de las iglesias. Llegados al pié del peñasco donde el santuario de María dominaba aún las tumbas antiguas de sus abuelos, su desesperacion rompió en sollozos delirantes. Forzados, sin embargo, á proseguir su camino, los pobres desterrados arrojaron una última mirada sobre la pobre ciudad abandonada, y despues de haber colocado sus iglesias y sus casas bajo la guarda especial de la Virgen santísima, arrojaron las llaves en el río.

Los egipcios, que jamás se habían arrodillado ante las divinidades extranjeras, y que parecían encerrados sin poder salir de su religión bestial, como la llama Flavio Josefo en el tiempo que aún florecía, habían abandonado á sus dioses que brotaban de la yerba, y desertado de los cañaverales del Nilo y sus asquerosos cocodrilos á quienes sus devotos servían de pasto (13), para adorar al Dios del Calvario. Los descendientes del viejo pueblo de los Paraones, habían fabricado desde muy temprano una bella iglesia en la aldea egipcia donde la santa familia se había refugiado para sustraerse á las impías pesquisas de Herodes, y le habían dado el nombre de Nuestra Señora de Matarich. Una linda fuente, donde la santa Virgen lavaba las mantillas del Niño-Dios, había recibido el nombre de fuente de María; y esta fuente, así como un gigantesco sicomoro, que tantas veces había dado sombra á la Madre y al Niño, era el fin de numerosos peregrinages. La catedral de Egipto estaba dedicada á Nuestra Señora.

La iglesia de Alexandria, que brillaba entre todas las iglesias del mundo cristiano como un faro que proyecta á lo lejos su luz, había atado, desde el siglo IV, á su silla patriarcal, un reino casi desconocido de los romanos, sobre el cual Plinio ha esparcido las cosas más extrañas del mundo (14); la Abisinia, cuyos pueblos, judíos, sabeos, idólatras en fin, á su voluntad estaban gobernados por dos reyes nacidos de Makeda, la bella reina negra, que llenó de perfumes y de pedrerías la ciudad de Jerusalem, y que tuvo un hijo del rey Salomon. Un jóven mercader de Tiro, que traficaba en pedrerías, habiendo naufragado sobre las costas africanas del Mar Rojo, fué apresado al momento y conducido despues á Axoum, la antigua capital de la reina de Sabá, y presentado como un cautivo de importancia al *neguz* (emperador), aquel príncipe á cuyo nombre los leones inclinaban la cabeza; y logra que el *neguz* le nombre su tesorero. Despues de la muerte del príncipe negro, la educacion de su hijo menor, Abreha, fué confiada al jóven tío, que instruyó secretamente á su pupilo en su creencia, y concibió la magnífica esperanza de llegar á ser el apóstol de estos reinos semi-salvajes. Para obtener este fin, vuelve á Alexandria, donde san Atanasio le consagra obispo de Axoum.

A su vuelta, Frémencio, que fué nombrado *Abba-Salama* (el padre de salud), bautizó á Abreha, con los principales personajes de su corte: un gran número del pueblo no tardó en seguir el ejemplo de sus gefes. Esta revolucion religiosa obróse de la manera que toda revolucion religiosa obrarse, es decir, sin verter una sola gota de sangre. Abreha y su hermano Atzbeha, que reinaron juntos con una edificante armonía, predicaron ellos mismos el cristianismo á sus súbditos (15), y fabricaron numerosas iglesias en honor del verdadero Dios, bajo la invocacion de *Mariam* (María). Una de estas antiguas iglesias, á causa de las sombras que la rodeaban, tenia el lindo nombre de *Mariam Chaouitou* (Nuestra Señora de la verdura).

El cristianismo se extendia entonces sobre la costa opuesta del mar Rojo, en el Yemen, cuyos habitantes adoraban los astros y los árboles; en medio de ellos se encontraba un buen número de judíos. Un príncipe de esta nacion, que habia usurpado el poder supremo en Arabia, persiguió á los cristianos, y desterró en 520 á san Gregencio, árabe de nacimiento, y arzobispo de Taphar, capital de este país. San Aritas, gobernador de Nagran, antigua capital del Yemen, no habia querido apostatar su fé; fué aprisionado y conducido secretamente fuera de la ciudad, donde fué entregado á la muerte á la orilla de un arroyo; su muger y su hija perecieron tambien en medio de suplicios, con trescientos cuarenta cristianos (16); y como Dunaan continuaba en martirizar á aquellos que no querian renunciar su creencia, Caleb, rey de Abisinia, hizo en 530 una expedicion contra él, y le venció. Despues de lo cual el *neguz*, disgustado del trono, envió su diadema á Jerusalem (17), abdicó la soberanía en favor de su hijo, y se encerró en un monasterio, no llevando con él sino una copa para beber, y una estera para acostarse. Las tropas africanas que él habia enviado al socorro de los cristianos de Asia, seducidas por la belleza y la riqueza de aquel suelo feliz, resolvieron fijarse allí. Estos fueron aquellos cristianos negros, mandados por el gobernador del Yemen, que hicieron contra los árabes de la Meca aquella guerra conocida con el nombre de la guerra del elefante. No obstante, la Arabia Feliz no duró largo

tiempo en su poder: los persas la conquistaron hácia el año 590, y aquellos fueron lanzados á su turno por los generales de Mahoma.

En tiempo de la conversion de los abisinios, la doctrina de Nestorio agitaba la Iglesia. Sabíase que las opiniones de este obispo, que rehusaba á María el título de Madre de Dios, fueron condenadas por el concilio de Efeso. Los abisinios, en su entusiasmo exagerado por la Virgen, no se contentaron con rechazar la heregia de Nestorio; al título de Madre de Dios, unieron el de *Mundi Creatrix*, para testificar la alta idea que ellos tenian de María. Nada, en efecto, es comparable al amor y al respeto de que ella es objeto, desde las orillas del Nilo Azul hasta las montañas de la Luna. Los errores de Dióscoro y de Euticheo, que los abisinios han seguido desgraciadamente, nada han cambiado en esta parte del país.

El viejo Oriente parecia rejuvenecido por su devocion á María; amaba su culto y solemnizaba pomposamente sus fiestas, cuya mayor parte eran de fundacion apostólica. La fiesta de la Anunciacion se guardaba desde el tiempo de San Atanasio; así es que él mismo nos dice que era una de las mas grandes fiestas del año, y como un preparativo á la de la Asuncion, que se celebraba con magnífico esplendor desde el Nilo hasta el Cáucaso, bajo el nombre de *pascua de Nuestra Señora*, por un ayuno de quince dias (18).

Todo hacia augurar que el Evangelio iba á extenderse de una estremidad al otra del Asia, pues en el mismo tiempo se empezaba á anunciar al pueblo idólatra del celeste imperio, á aquel Santo nacido de una vírgen que la tierra esperaba, decian los discípulos de Confucio, como *las flores marchitas esperan el rocío*; pero, ¡ay! un huracan mas furioso, mas destructor, mas irresistible que el viento abrasado del desierto, nacido como él en las llanuras arenosas de la Arabia, vino á combatir al cristianismo con una fuerza que Satanás sin duda le habia dado.

Desde ese instante se oyó vagamente un rumor de armas por toda la estension del mar de los Cañaverales; la Arabia se bate con furor contra la Arabia, y los árboles idólatras caen al mismo tiempo que los templos cristianos; despues, todo quedó

en silencio por esta parte, y las legiones de caballeros con el *abbas* rayado de blanco y de negro, se precipitaron sobre la Siria cual nubes de langostas, abatiendo con el revés de sus cimitarras mil cuatrocientos iglesias cristianas. De allí se arrojan sobre la Persia, que sucúmbe, abandonándoles el famoso estandarte de *Kaved*, del que dependían los destinos del imperio de los magos (19). Las llamas de la soberbia biblioteca de Alexandria alumbran su tempestuoso paso á través del Egipto; muy pronto saltan sobre las playas de Africa, donde en otro tiempo habia dominado Cartago, y las someten corriendo. Llegados al lugar donde la antigüedad habia colocado las columnas de Hércules, los fogosos vencedores alinearon sus corceles en largas filas sobre el estrecho de Gibraltar, y gritaron, agitando fieramente sobre sus cabezas las olas de hojas azuladas de sus espadas: "Dios de Mahoma, miradla; aquella es la tierra que falta á las conquistas de los *verdaderos creyentes*" (20). El Africa y el Asia debían encorvar sus cabezas llorosas bajo el yugo embrutecido y feroz del Islamismo, y las tinieblas de la ignorancia invadieron bien pronto el espléndido é ingenioso Oriente.

LIBRO VI.

Occidente.—Las Madonas.

CONSTANTINO, despues de haber elevado en el recinto de Roma, esa ciudad divinizada, á quien el paganismo habia colocado en medio de las estrellas (1), la soberbia basílica Laterana, habia cerrado los templos paganos; pero no tuvo la mano bastante fuerte para arrancar las profundas raíces de la idolatría. Es verdad que la mayor parte de los patricios romanos resistía obstinadamente, fiel á los antiguos ídolos del imperio; el senado mismo se dividía en dos fracciones, la una pagana y la otra cristiana, lo que hacia decir á san Ambrosio, que aquello era como si hubiese dos senados. De esos senadores idólatras era de quienes decia Prudencio: "Los sucesores de los Catones, sumergidos en un vergonzoso error, ruegan aún á los dioses de los troyanos; en el secreto santuario de sus hogares veneran los penates desterrados de Phrigia; y el senado, me avergüenzo, honra al Jano de dos rostros, y celebra fiestas á Saturno."

En cuanto á la muchedumbre inmensa de proletarios, la